

tres colaboradores de publicaciones como *Revue de Philosophie positive* de París; *Athenemur*, de Londres; *Rivista de Philología romanza* y *Rivista de Litteratura popolare*, de Roma; *Zeitschrifte fur romanische Litteratur*, de Breslau; *Revista Contemporánea*, de Madrid, y muchas otras.

## IV

Réstame únicamente decir algo acerca de la influencia que en las letras portuguesas ha ejercido Braga y algo también de sus obras. Son estas tantas en número y tales en bondad, como en otro lugar habrá visto el lector, que necesitaría mucho espacio para ocuparme de ellas, razón que me obliga á hacerlo á grandes rasgos.

Compréndese á primera vista que esa amplia esfera en que se mueven los escritos y obras de Theophilo Braga, ha de hacer no sea esta en muchas de sus manifestaciones tan notables como debieran serlo, pues todo lo que gane en extensión lo hará á costa de la intensidad. Algo de esto es cierto, aunque no en absoluto, pues como en otro lugar he dicho, cada nueva manifestación de este escritor parece ser de hombre diferente, puesto que dada la aplicación que tiene, estudia muy detenidamente cuanto puede relacionarse con la materia que trata en sus variadas obras, abandonando las demás. Así, se propone escribir un tratado de Historia universal bajo el punto de vista positivista, y antes de emprender su trabajo se pone en condiciones y desde 1872 á 1877 estudia las matemáticas para comprender de un modo positivo los fenómenos de la cantidad, de la extensión y del movimiento; la astronomía para comprender la ley más general de todos los hechos del universo, la gravitación de la materia; la física para investigar las relaciones del calor, la luz, la electricidad, el magnetismo y la acústica; por último, la biología y todas las ciencias que de ésta se desprenden con el fin de conocer los seres vivos en todos sus aspectos y en todas sus relaciones orgánicas, la botánica, la zoología, la antropología (1). El resultado de todo este trabajo, de esta larga y continuada elaboración fué una obra, *Historia universal*, en la que aparece esta antigua ciencia exponiendo la evolución de la actividad humana sometida á las modificaciones que le imprimen los grandes agentes que divide en astronómicos, físicos, químicos, biológicos y sociológicos ó sociales. Es esta obra á mi modesto juicio la mejor de Theophilo Braga y acaso de las mejores que se han publicado últimamente en Europa. Si fuera alemana ó francesa, ya estaría, á buen seguro, traducida á nuestra lengua y hubiera sido muy leída y comentada.

La otra obra que con la anterior comparte la supremacía de las escritas por Braga es la *Historia de la Literatura portuguesa*, escrita también bajo el punto de vista positivista. Es completamente nueva y original la manera de exponer. Precede á este libro una introducción en la cual se estudian los elementos que influyen en la Literatura, que los divide en

estáticos y dinámicos, los cuales refiere y estudia detenidamente con aplicación á la Literatura portuguesa.

No puedo seguir en gracia á la brevedad ocupándome con mayor extensión de esta obra, la que con la anterior y alguna otra acaso haga algún día un estudio detenido como se merecen. Por la misma razón no puedo ocuparme de las restantes. Sólo sí diré que acaso ese enciclopedismo que se advierte en el autor que me ocupa, le sea algo perjudicial. Sin embargo de esto, si se me preguntara en cuál de las múltiples manifestaciones en que se presenta le prefiero, quedaría perplejo, y sin saber á cuál quedarme.... le preferiría en todas.

## V

Theophilo Braga, no obstante sus muchas obras escritas, su ciencia y su cátedra, tiene nada más que un mediano pasar. En Portugal se paga aún menos que en España esta penosa cuanto querida profesión de escribir para el público. Así que la mayor parte de los libros que publica no valen á tan distinguido portugués, cantidad alguna de metálico ¡Tales están allí pagadas las letras!

Un día paseando por Lisboa me dijo un amigo:

—¿Quieres saludar á Braga?

—En el acto.

—Allí va.

Al mirar vi un sujeto de carnes enjutas, pálido, pequeño de cuerpo, que con descuidado vestir, una porción de libros bajo de un brazo y un quitasol bajo el otro, andaba apresuradamente.

Corrí á saludar á aquel amigo á quien personalmente no conocía; pero fué en balde.

No pude alcanzarle y allá á lo lejos le veía caminar con sus libros y su quitasol sin pararse un momento y codeando á la gente.

JUAN MARINA.

## CARTA ABIERTA

 QUERIDO Gabriel: Aunque no sea más que por recordar antiguos tiempos (que te aseguro eran mejores que los presentes), hoy me da la humorada de coger la pluma para contarte algo; algo de esto que late, mejor dicho, que está posado en mí, porque el latido supone vida y aquí no hay más manifestación vital que el sistole y diástole de la víscera cardíaca (me asusta la palabra «corazón»). ¡Qué materialismo! ¿verdad?: estoy seguro que mi muy respetado señor *Avú-Verín-Alcoyá* va á hacer malos juicios de mí cuando lea esto; pero es lo cierto que lejos de haber afectación, mis tristes convicciones llegan por desgracia más, mucho más allá. Es sin duda alguna un error, el establecer proporcionalidad directa entre la edad y las creencias.

La cuestión está sobre el tapete: no te alarmes, es una insignificancia, se trata

de mí; se trata del pigmeo, del pebleyo, del paria, del hombre que tan poco tiene que perder y cuya suerte apenas si interesa á media docena de individuos.

Es el caso que estoy fluctuando entre residir en la Corte ó marcharme á vegetar á un pueblo: hace algún tiempo la elección no admitía duda; hoy de buenagana lo echaba á cara ó cruz. En Madrid puedo seguir dos caminos: el trabajo ó la vagancia; la vida racional ó la vida de *bohémio*, hasta donde cabe la *bohemia* en el que vive de su paga y tiene que dar cumplimiento á su obligación.

Teniendo desahogo, es decir, no teniendo vergüenza, la vida es sumamente fácil. Te haces amigo de tres ó cuatro periodistas; tratas más ó menos íntimamente á la tiple de Eslava, á la partiquina del Real, á la corista de la Zarzuela; y con esto y escribir algo para el teatro, algo de eso en que la curiosa indumentaria y el pintor escenógrafo son el todo, estamos al fin de la calle.

El primer camino lo considero impracticable; yo ya no puedo trabajar en cuanto gano lo suficiente para comer; y no es que me asusta el trabajo, no es que me arredre la lucha; tú sabes que he trabajado con fe, con ardimiento, con verdadera fruición, perdiendo mucho sueño mientras que asimilaba las ideas á expensas de la salud; pero me falta esa gran palanca que todo lo mueve mientras le queda un punto de apoyo: el entusiasmo. ¿Qué por qué escribo ahora?; pues porque sí, porque no tengo la obligación de hacerlo.

La vida de pueblo se presenta á mis ojos como un paisaje sin accidentes, monótono, con un cielo azul, todo azul. Figúrate qué vida tan plácida allí en mi casita, en una casita baja, con un balcón y dos ventanas simétricamente colocadas á los costados; el portal empedrado, las paredes, enjalbegadas blancas como camisa de novio en día de boda; un corralito con gallinas y un gallo oficiando de dictador, árbitro de vidas y haciendas. En la parte posterior el palomar con su indispensable jarro desportillado mantenido en la punta de un palo próximamente vertical; extraño faro que guía á las palomas cuando regresan al nido por los infinitos derroteros del espacio. Has de advertir que como he de tener caballo, las excursiones campestres menudearán que será un primor; las cacerías tampoco serán escasas; la tertulia cotidiana en casa del boticario donde se jugará al mus, al tute y los domingos al julepe; y como tantas cosas se ven, posible es que me veas casado con alguna *señorita* del pueblo, hija del alcalde ó del mayor contribuyente, una de esas que usan mantilla y vestidos con perifollos, y que dicen

(1) J. D. Ramalho Órtigão, esboço biográfico.